

Aproximación al estudio de los movimientos sociales desde una perspectiva socioterritorial.

Byron Ospina Florido.

Cita:

Byron Ospina Florido (2011). *Aproximación al estudio de los movimientos sociales desde una perspectiva socioterritorial. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/656>

APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES DESDE UNA PERSPECTIVA SOCIOTERRITORIAL

Byron Ospina Florido

Estudiante de Maestría en Ciencias Sociales Universidad Nacional de La Plata.

byron_ospina@yahoo.es

Resumen.

En las siguientes líneas se presenta de manera general, una serie de referentes tendientes a la construcción de un marco teórico para la investigación de los movimientos sociales desde una perspectiva socioterritorial, esto es, desde un enfoque dialógico entre la teoría social y la geografía.

De este modo y con el fin de clarificar esta perspectiva, tomaremos como base analítica la experiencia investigativa de Ulrich Oslender (categorías de espacio y lugar) y de Bernardo Fernandes Mançano (socioterritorialidad y socioespacialidad) Particularmente, nos interesa mostrar en dichos trabajos, cómo las comunidades encuentran en el espacio y en las múltiples relaciones que lo constituyen (territorialidad, espacialidad, contraespacios y sentidos de lugar), nuevas formas de desnudar la relación dialéctica: dominación y resistencia.

Se brinda, de esta forma, una relectura de los movimientos sociales – especialmente los rurales- a partir de reflexiones teóricas y prácticas surgidas desde nuestros propios saberes y realidades. Es una contribución para superar las metáforas espaciales que abundan en las ciencias sociales.

Palabras Claves.

Movimiento Social, Socioterritorialidad, Socioespacialidad, Espacio, Lugar.

EL TIEMPO-ESPACIO: UNA CUESTIÓN EPISTEMOLÓGICA.

El estudio de los Movimientos Sociales se ha enmarcado, generalmente, dentro de una tradición sociológica donde prevalece –en el mejor de los casos- la historicidad de los fenómenos sociales por sobre la espacialidad de los mismos, eliminando así, el potencial y la relacionalidad de las propiedades que constituyen y son constituyentes de la realidad.

Incorporar lo temporal como único rasgo, o como rasgo preferente de lo social, introduce una discontinuidad analítica, una especie de obstáculo

epistemológico que no permite hacer consciente las relaciones y el movimiento que subyace a toda acción humana. En este sentido la negación de la relación tiempo y espacio acentúa las expresiones morfológicas de la realidad, configurando un tiempo vacío de espacio y un espacio vacío de tiempo.

Como respuestas a estas vacilaciones epistemológicas, desde hace algunos años geógrafos latinoamericanos con importante trabajo empírico, han impulsado una relectura de los movimientos sociales, consolidando poco a poco lo que tal vez podría denominarse como el giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales (Oslender, 2008).

Desde este giro, las lecturas entorno a los movimientos sociales adquieren nuevos sentidos y significaciones, encontrando en el espacio y en las múltiples relaciones que lo constituyen (territorialidad, espacialidad, contraespacios y sentidos de lugar), nuevas formas de desnudar las relaciones dialécticas que los determinan. De esta forma, se rescata el principio de la espacialidad como “el lugar [material e inmaterial] donde se entabla un conjunto de relaciones sociales en el marco de procesos que fluyen permanentemente y que se modifican con la temporalidad de los fenómenos” (Rogan, 2007:21)

Bajo esta premisa se busca aprehender el movimiento y el emplazamiento de la realidad en una continua y reflexiva abstracción de lo morfológico, que para el caso de los movimientos sociales permitiría –justamente- pensar lo social dinámicamente, más allá de un recorte linealmente preexistente, con una localización igualmente preconcebida.

Esta interpretación de lo social contiene en sí mismo, un amplio contenido tendiente a la complejización del conocimiento de las ciencias sociales desde la aprehensión “inter” y/o “trans” de las unidades constituyentes (tiempo-espacio), así por ejemplo, la teoría social se proyecta como un sistema complejo donde la realidad antes que ser enunciada a priori, es problematizada no desde una fragmentación disciplinaria, sino desde una opción de conocimiento que desplaza la unidimensionalidad y el parcelamiento fundado en la especialización. Aquí es indispensable derribar la vieja noción de ciencia como campo –específico y objetivamente delimitado- de saber.

Por ejemplo, a portes provenientes desde la sociología, la economía, la ciencia política, los estudios culturales etc. le han permitido a la geografía revalorar teorías y prácticas sin que ello signifique una pérdida de sentido ni de autonomía como disciplina. Algunos trabajos abordados desde la geografía regional, cuya premisa es el estudio de las relaciones, continuidades y discontinuidades frente al poder territorial, han sido fuertemente influenciados –de forma integral y no como simple enunciación- por la teoría económica; en otros casos, se ha tomado como propias perspectivas de la teoría social, como la identitaria, en la tarea de develar las relaciones y los sentidos de pertenencia de individuos o comunidades con un lugar o espacio determinado.

En esto último, el espacio, el territorio y el lugar como categorías medulares de lo geográfico poco a poco han trascendido su contenido físico para reivindicar su reproducción y construcción como condición de la espacialización de las relaciones sociales.

El espacio y el lugar

¿Cómo y de qué forma se podría pensar la relación entre el espacio y el lugar con los movimientos sociales sin caer en una especie de determinismo geográfico? ¿Cómo se constituye y es constituido lo espacial en un movimiento social? Para acercarnos a alguna posible respuesta, como punto de partida tendremos que clarificar los conceptos de espacio y lugar.

En primer lugar, es indispensable entender que el «espacio» y «lugar» no pueden ser comprendidos independientemente, observados como elementos abstractos y concretos de la realidad, estos logran tal intimidad, que no nos equivocáramos al afirmar que están indisolublemente vinculados.

Merrifield (1993:520) considera que “El espacio no es una teorización supremamente abstracta separada del dominio táctil y más concreto de lugar, que a medida se considera sinónimo de una realidad fácilmente identificable, como la ubicación específica o la “localidad” [...] tanto el espacio como el lugar tienen un estatus ontológico real, por cuanto ambos están encarnados en procesos materiales, a saber, actividades humanas reales. Por consiguiente, las distinciones entre ellos deben concebirse captando la forma en que uno se disuelve en el otro en lugar de hacerlo reificando alguna fisura espuria”.

Por lo tanto, la supuesta dicotomía entre la concreción del lugar y la abstracción del espacio queda subsanada, y esto nos lleva a redimensionar no sólo la teoría geográfica sino también la teoría social, en el sentido de una perenne unión entre el tiempo y el espacio como categorías constitutivas de las ciencias sociales.

Lo que se deriva de esta idea, es una especie de superación de los sinsentidos de las metáforas espaciales; es decir, las contemplaciones de lo espacial en el estudio de lo social, como anexos desconectados con el plano empírico y teórico de las ciencias sociales. En muchas ocasiones se observa una instrumentalización –apolítica y atemporal- del concepto espacio, sin ningún referente reflexivo que intente, por lo menos, construir una interpretación de la sociedad y de los actores en un ámbito espacial.

Las metáforas espaciales se usan para categorizar y contener observaciones sin presentar mucha atención a su impacto en la selección y el ordenamiento de los “particulares concretos” mismos. La ciencia social moderna sufre una especie de “agnosia” (o desorden de percepción) en las que las representaciones del espacio fijan límites a procesos aespaciales en lugar de proporcionar una comprensión del espacio y la sociedad ya que están inextricablemente entrelazados. (Agnew, 1994:261)

Si se reconoce la importancia de la reflexión espacial en la comprensión de los movimientos sociales, entonces, la inserción del espacio en la teoría social no debe ser empleada desde una simple agregación, por el contrario, contemplar analíticamente el aspecto espacial –sin fracturar el binomio tiempo-espacio- es estructural a la hora de generar dinámicamente lo que Harvey (1996) llama permanencias (organizaciones, instituciones, programas) como referentes a un

cambio social. Entonces, “la inserción del espacio no debe ser visto sólo para generar la deconstrucción de certidumbres y creencias fundacionales en la metanarrativas teóricas y políticas. También debe ser sobre la (re) construcción de (nuevas) teorías y prácticas políticas donde el espacio se hace fundamental para nuevos proyectos y posibilidades” (Oslender, 2008: 67)

En este punto nos encontramos ante dos posibilidades, la primera hace referencia a la articulación teórica y significativa de la categoría de espacio con la teoría social y las ciencias sociales en general; la segunda, tiene su acento en la capacidad analítica que contiene el espacio como concepto para los estudios de los movimientos sociales, sobre todo en aquellos en los cuales el espacio es el centro de sus prácticas simbólicas y materiales de resistencia. El conceptualizar el espacio y el aterrizar las teorías como derivación de la relación abstracción-concreción-abstracción, nos lleva a preguntarnos acerca del funcionamiento y la naturaleza de los sistemas sociales en relación con el espacio y el tiempo.

La reproducción social.

Como afirmábamos anteriormente, el espacio como categoría constituyente de las ciencias sociales ha estado –en el mejor de los casos- condicionado por su par connatural, el tiempo.

De este modo, se ha imposibilitado una espacialización de la historia o una historización del espacio como referentes complementarios del análisis social. En consecuencia, la balanza tiempo-espacio constantemente inclina su peso a favor del dios Cronos, más aún, el espacio casi como un ente etéreo, que flota en un mundo de metáforas sin contenido simbólico, político o material, representando un mundo-espacio fragmentado, incompleto, apolítico, amnésico y con una “ausencia” ideológica.

Esta imposibilidad del espacio, retumba en aquellos que por el contrario, tratan de darle forma y contenido, porque es justamente en el espacio donde se manifiestan conflictos y disputas. En el espacio las hegemonías y resistencias miden sus fuerzas en una constante tensión.

Entonces tal como afirma Lefebvre (1976:36):

“el espacio no es un objeto científico ajeno a la ideología o a la política; siempre ha sido político y estratégico. Si el espacio tiene un aura de neutralidad e indiferencia en relación con sus contenidos y de esta forma parece ser “puramente” formal, el epitome de la abstracción racional, es precisamente porque ya ha sido ocupado y usado, y ya ha sido el centro de procesos pasados cuyas huellas no son siempre evidentes en el paisaje. El espacio ha sido moldeado y determinado a partir de elementos históricos y naturales, pero esto ha sido un proceso político. El espacio es político e ideológico. Es un producto literalmente lleno de ideologías”.

Aquí Lefebvre, no sólo nos muestra el carácter y el contenido del espacio en términos políticos e ideológicos, más allá, lo que manifiesta es la relación de la producción del espacio con la cotidianidad de la vida misma. Las contradicciones, la resistencia, la experiencia, las instituciones, los sentimientos...en últimas, es el *mundo de la vida* la condición que otorga sentido y permite la producción social del espacio.

Esta producción puede entenderse a partir de tres momentos –interconectados y/o complementarios- : i) Las prácticas espaciales, ii) las representaciones del espacio y iii) los espacios de representación.

Veamos las principales características de estos momentos:

i) Las prácticas espaciales corresponden a una intersubjetividad de la experiencia que, para el caso de algunas comunidades rurales, son reflejadas en la conformación de una forma de vida, donde la vinculación directa e indirecta con la tierra ha generado un particular modelo de producción no sólo económico (minifundio, autoabastecimiento) sino social, político y cultural. Forma de vida atravesado por una apropiación y una identidad demarcada por el imaginario históricamente construido, vivido y heredado.

ii) Por otra parte, las representaciones espaciales se refieren a los saberes que se producen y reproducen en una conceptualización funcional y racionalizada del espacio, devienen de las instituciones y de los centros hegemónicos de poder, es en otras palabras, un espacio derivado de la lógica del desarrollo y del progreso.

Estas representaciones espaciales han producido procesos de comodificación y burocratización de la vida cotidiana, que en palabras de Habermas (2008) reproduce la colonización del mundo vida, o sea, la objetivación de las prácticas espaciales, de las experiencias de la vida y por ende de la memoria.

Sin embargo esta pretendida cuantificación del espacio-tiempo lleva consigo un alto grado de resistencia, ya que las prácticas espaciales contienen por su acumulado experiencial y relacional un potencial para resistir la colonización de los espacios concretos.

iii) Los espacios de representación complejizan las prácticas espaciales, dando lugar a una apropiación más íntima de espacio-tiempo, apropiación espacial que no necesita obedecer a reglas de consistencia o cohesión. “Llenos de elementos imaginarios y simbólicos, tienen su origen en la historia, en la historia del pueblo y en la historia de cada individuo que pertenece a este pueblo” (Lefebvre 1991:41). De tal forma, “los espacios de representación son a la vez sujeto de dominación y fuente de resistencia”. (Oslender, 2001:83)

En medio de esta tensión (dominación-resistencia) subyacen manifestaciones conflictivas entretejidas y constituidas en el poder; éste entendido, no como una manifestación unidireccional de dominador sobre dominado, al contrario, se pone en juego un doble sentido de poder con diferentes niveles de exclusión, imposición y resistencia. Tanto dominación como resistencia contienen entramados de poder con distintos estadios de proyección y práctica, dados por la naturaleza de los conflictos (historicidad y espacialidad).

Frente a este entramado (poder, resistencia y dominación) Sharp (2000) afirma que la resistencia implica poder, lo requiere, lo libera y genera efectos de poder tanto como lo hace la dominación, con lo cual se genera un poder resistente como catalizador constructivo y positivo de un contraespacio.

Podríamos afirmar que el contraespacio es la concreción de espacios alternativos; dicho de otro modo, el contraespacio es la respuesta a la colonización del mundo vida. A pesar que los contraespacios como contenidos de resistencia, son construidos en el tercer momento de la producción social del espacio, es necesario señalar que éstos deben ser leído como un resultado conjunto, ya que lo vivido, lo percibido y lo concebido están imbricados de tal forma que sus límites se desbordan entre sí, conduciendo a una interdependencia y complementariedad que en la práctica son imposibles de separar.

Junto a los entramados de poder, existen otras cualidades que de una u otra forma determinan nuestras representaciones de mundo y -claro está- de espacio. Si retomamos la idea de Giddens (1984) para entender a los sistemas sociales dentro de una continua tensión entre posibilidad y limitación, entonces, podríamos inferir que la producción del espacio –también- está atravesada por relaciones dialécticas más amplias (contradictorias si se quiere) que fijan pero que a la vez generan de forma resistente «movimiento».

Con la aceleración de los procesos de producción -surgidos en la revolución industrial- y hoy bajo el discurso de la globalización, el tiempo y el espacio han sido objeto de una serie de transformaciones (de tipo ontológica, epistemológica y material) que ha alterado las cualidades objetivas con las cuales no sólo comprendíamos este binomio sino también nuestra propia lectura de mundo.

[...] Como demostró Marx, la economía capitalista se basa necesariamente sobre el concepto del tiempo como algo lineal e inmutable. Esta concepción es ciertamente sagrada para la ideología dominante, porque el tiempo es, la única medida que tiene la forma económica existente hoy en día prácticamente sobre toda la tierra, para comparar lo que en sí es incomparable: el trabajo distinto de seres humanos distintos (Gandler.2003)

Junto con el tiempo homogéneo del progreso, los espacios se constituyen como los garantes para el mantenimiento del flujo e intercambio de la economía. En tal sentido los espacios se reconfiguran en razón a la proximidad y la accesibilidad de los mercados, así como en los “guardianes” de la materia prima -que pese al discurso del trabajo inmaterial- hoy siguen siendo el sustento para el sistema económico. Es así que los espacios concebidos desde las prácticas espaciales, es decir, desde la intimidad y la interacción socio-cultural tienen que ser abolidos, fragmentados, reemplazados –violentamente si es necesario- por un espacio y unas representaciones (modos de vida, de producción, tradiciones, historia) que obedezcan a los retos del capital y el desarrollo.

Esta idea de tiempo y de espacio para las comunidades con vínculos territoriales han derivado en un avanzar sin control de su propia historia. Es la incursión en una temporalidad lineal que no permite que se reconozca el

presente como praxis del pasado y con extensión en el hoy. Lo que se busca es que se fije la mirada –de por sí ya desviada del pasado- en un porvenir sin medida.

En este sentido, el mundo de la vida se acelera, pues el tiempo y el espacio se constriñen. El progreso y el mercado invaden lo íntimo, debilitando la capacidad de controlar nuestra propia historicidad.

[...] Así es la situación del mundo actual en su condición provocada por la forma de producción capitalista: avanzamos indeteniblemente, no solamente por el progreso tecnológico, sino también por la necesidad a aparentemente eterna de luchar por la sobrevivencia. [...] lo que llamamos progreso, es justamente uno de los factores que nos impiden controlar nuestros pasos, nuestro cuerpo, entendiendo no sólo como el cuerpo individual sino también como el colectivo, es decir la sociedad. Es el progreso técnico el que nos “ayuda” a avanzar sin saber a dónde y sin poder controlar los pasos (Gandler, 2003:7)

El énfasis que expone Gandler en su crítica, nos lleva a pensar en la complejidad propia de la dominación y la resistencia en términos estructurales, históricos y espaciales, nos lleva a pensar el carácter limitante del sistema social. De ahí que los elementos que intervienen en la concreción de los contraespacios subyacen tanto de la esfera objetiva como subjetiva de la sociedad, a saber de las condiciones culturales (tradiciones, simbología, cosmovisión, inmaterialidad) económicas y políticas propias de los lugares.

En este punto podemos ver una complementariedad entre espacio y lugar, ya que pareciera que el lugar es el soporte material e inmaterial de los contraespacios. El lugar como centro del mundo de la vida, confiere por medio de intersubjetividades unidas en redes históricas, una memoria colectiva que ejerce por sí misma una resistencia connatural a cualquier fuerza invasora, donde el tiempo-espacio se escapa del *storm* del progreso y con ello a la conceptualización institucional del espacio.

Si apelamos tal como afirma Benjamin (1999) a un tiempo del ahora (*jetztzeit*), es decir a una historia presente constituida por una genealogía del pasado, entonces pasado y presente se funden en un intento por rescatar y reivindicar la historicidad de un colectivo (Ospina, et al. 2010). Precisamente la historicidad que se emplaza en una concreción de la realidad dada y susceptible de transformación, es entendida como fuente para una reacción con potencial subversor, “muchos movimientos sociales se fundan en las memorias colectivas para enmarcar sus luchas y para nutrir sus imaginarios en la búsqueda de un contraespacio alternativo, así la historia local que se moviliza mediante los movimientos sociales cuenta la historia del lugar histórico y, por ende, el lugar mismo se moviliza y se transforma en un instrumento político”. (Oslender, 2008:87).

Como vemos, el contraespacio contempla elementos que interactúan como catalizadores y/o complejizadores de la resistencia: poder, inmaterialidad, materialidad, ideología, memoria, historia local, localidad y sentido de lugar, todos desde su interacción convergen y dan sentido a realidades, vistas como

totalidad pero con sus propias especificidades que emanan de la propia interacción con el tiempo y el espacio.

Con el objeto de delimitar y desentrañar conceptualmente la categoría de *lugar*, seguiremos las observaciones que hace Oslender al trabajo de Agnew (1994), sobre la categoría de lugar a partir de las cualidades objetivas y subjetivas constituidas en tres estadios o momentos interdependientes: i) ubicación, ii) localidad, iii) y sentido de lugar:

i) La localidad se define como los escenarios formales e informales en los que se constituye las interacciones y relaciones sociales cotidianas, el escenario físico dentro del cual se dan las interacciones sociales diarias y desde el cual se busca la articulación específica de esas interacciones.

ii) La ubicación, puede definirse como el área geográfica que abarca la localidad afectada por procesos económicos y políticos que operan a mayor escala (Oslender, 2008:90). La ubicación es la institucionalización de la localidad desde lógicas empotradas en estructuras económicas y políticas más generales. Los escenarios formales e informales son traducidos en términos de poder y hegemonía, en otras palabras, es el elemento objetivo (estructurante) del concepto del lugar.

iii) Por el contrario, el sentido de lugar expresa las orientaciones subjetivas que se derivan de vivir en un lugar específico (Oslender, 2008:91) el sentido de lugar se materializa por un estricto vínculo afectivo, constituido por la interacción entre la memoria, la experiencia y la identidad.

Retomando algunos puntos expuestos anteriormente, Oslender identifica en el lugar, una fértil posibilidad teórica y metodológica para el estudio de los movimientos sociales, ya que contiene en sí mismo la fuerza para conducir otras formas de interpretación, donde se reconozca el contenido espacial de la dialéctica entre dominación y resistencia, visibilizando con ello, las particularidades de lugar que configuran y afectan el carácter, la dinámica y los resultados de la agencia del movimiento (Oslender, 2008:25).

POSTURAS Y DEBATES: DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES A LOS MOVIMIENTOS SOCIOESPACIALES Y SOCIOTERRITORIALES.

Hasta el momento hemos abordado la lectura geográfica de los movimientos sociales desde un marco referencial, claramente interdisciplinario, donde las categorías de tiempo-espacio, espacio y lugar se encuentran en un constante diálogo con los presupuestos de la teoría social.

De hecho, la construcción teórico-metodológica descrita anteriormente, nos muestra la intensión de redimensionar el abordaje académico del estudio de los movimientos sociales por medio de un lectura lefebvriana del espacio; acentuando la relación entre lugar, identidad y acción colectiva. Todo lo

anterior, enmarcado en lo que Ulrich Oslender ha denominado el giro geográfico del estudio de los movimientos sociales.

El énfasis geográfico que Oslender ha otorgado al análisis de la acción colectiva –especialmente al movimientos de las comunidades negras del pacífico colombiano- ha permitido la introducción de nuevos enfoques y con ello la ampliación del horizonte teórico-metodológico, como práctico, de la geografía colombiana, de igual forma, nos invita a cualificar esta iniciativa, aportando desde la praxis y la teoría.

Así, es importante enriquecer los referentes que desde el campo de la geografía se están dando a nivel local y regional. Recientemente hemos visto como desde los centros de investigación y de los programas de posgrado se han explorado referentes teóricos y prácticos tendientes a abordar el análisis espacial y territorial más allá del espectro metafórico. Entre los trabajos que han reelaborado una lectura geográfica de los conflictos sociales y la acción colectiva, encontramos las reflexiones de los brasileros Walter Porto Gonçalves (2001) y Bernardo Mançano Fernandes (2008; 2005;2000)

De estas elaboraciones, resaltamos las reflexiones propuestas por Fernandes que en el marco del Núcleo de Estudos, Pesquisas e Projetos de Reforma Agraria (NERA) de la Universidade Estadual de Sao Paulo, ha propuesto las categorías de Movimiento Socioterritorial y Movimiento Socioespacial como modelos analíticos para la lectura geográfica de los movimientos sociales.

Antes de discutir epistemológicamente estas categorías, es preciso esclarecer, o por lo menos reseñar los referentes geográficos con los cuales se fundamenta esta propuesta, a saber: espacio, territorio y procesos geográficos.

La multidimensionalidad: Pensar el espacio y el territorio desde la complementariedad y la completividad.

Para Fernandes (2005) el contenido y la complejidad (relaciones, contradicciones e intensiones del espacio), pueden ser explicados por medio del carácter constitutivo y perenne de la multidimensionalidad, es decir, el espacio como una yuxtaposición de espacios creados y recreados por las múltiples manifestaciones de la realidad social.

Si comprendemos que el espacio social es la materialización de la existencia humana (Lefebvre, 1991 citado en Fernandes, 2005) y a la vez, éste -el espacio social- es contenido en el espacio geográfico «constantemente transformado por las relaciones sociales» entonces, entenderemos que parte de esta multidimensionalidad es dada por la relación «interdependiente y conflictual» entre el espacio social y espacio geográfico.

A pesar que en un principio el espacio geográfico fue creado por la naturaleza natural (Santos 1996) hoy, como producto de múltiples relaciones y expresiones societales, el espacio geográfico «puede ser considerado como» el soporte para la producción de diversos tipos de espacios materiales e

inmateriales (Fernandes, 2005) el espacio, por lo tanto, forma parte de la realidad multidimensional.

En este punto, el concepto de espacio geográfico, complejiza y direcciona la comprensión del espacio bajo una mirada «multi» dimensional de la realidad. Si los diferentes espectros espaciales de las sociedades son contenidos en el espacio geográfico, entonces la realidad multidimensional está configurada por la yuxtaposición de planos materiales e inmateriales creados y transformados por las relaciones sociales en el espacio geográfico.

No obstante en el plano de las relaciones aparentes, este contenido multidimensional es eliminado. El espacio en su aprehensión social es reducido a una comprensión única, consecuencia de un ejercicio representacional, donde los elementos relacionales del espacio son suplantados por configuraciones unidireccionales del mundo de la vida. Nos encontramos ante una negación [no consiente] dada por la *intencionalidad* [más adelante nos referiremos a esta característica espacial] de lo multidimensional. Esta contradicción se puede entender como el resultado de una falsa polaridad [separación, fragmentación, distinción espacial] entre la producción social del espacio y la relacionalidad social y geográfica del espacio.

Esta falsa polaridad –como hemos visto- se manifiesta en la delimitación y en la comprensión de los espacios como unidades aisladas y acabadas, como cosas en sí mismas; separando las funciones y las estructuras que los constituyen y movilizan, es decir, reduciendo el carácter composicional y completivo del espacio.

La composicionalidad es entendida como una propiedad, que le permite al espacio comprender y ser comprendido en todas las dimensiones que lo componen, en otras palabras, la composicionalidad es la cualidad de *ser un todo, a un siendo parte* (Fernandes, 2005).

[...] Esta simultaneidad en movimiento manifiesta las propiedades del espacio en ser producto y producción; movimiento y estabilidad; proceso y resultado; lugar del que se parte y donde se llega. [...] (Fernandes, 2005)

Junto con la composicionalidad, encontramos otra característica o cualidad del espacio; la Completividad. Como su nombre lo indica, esta característica refleja la cualidad de la “complementariedad”. El espacio geográfico contiene todos los tipos de espacios sociales, pero éstos, no son simples atributos del espacio geográfico, por el contrario, estas producciones espaciales [espacios diferenciados] son y se manifiestan como complementos dinámicos del espacio geográfico

En resumen:

El espacio social es una dimensión del espacio geográfico y contiene la cualidad de la completividad. Debido a esta cualidad del espacio, el espacio social complementa al espacio geográfico. Lo mismo sucede con todos los otros tipos de espacios. Este es el carácter de la composicionalidad, en el que las dimensiones son igualmente espacios complementos y completivos. (Fernandes, 2005).

Así nos encontramos ante un espacio complejo, saturado por múltiples relaciones e interdependencias producidas en las relaciones sociales y contenidos en los espacios geográficos [multidimensionalidad]

Paradójicamente, estas mismas relaciones sociales, no logran reconocer –en la mayoría de los casos- la relacionalidad y con ello el carácter multidimensional del espacio. Nos encontramos ante una mirada fragmentada de la realidad espacial.

Una percepción constreñida que por medio de análisis parciales, unidimensionales, sectoriales, lineares, uniescalares, incompletos y en consecuencia limitados (Fernandes, 2005) abstrae -anulando casi por completo- el intenso proceso de completividad, conflictividad e interacción del espacio.

La reiterada fijación en lo fragmentario, es decir, el ver lo espacial desde una de sus partes y no como la intensa interacción de éstas, necesariamente nos hace reflexionar frente a consideraciones y construcciones metodológicas que logren articular de manera dialógica las cualidades espaciales anteriormente citadas.

Bajo este criterio, Fernandes retoma la definición de espacio que desarrollara Santos (1996) como un intento de reivindicar en sentido conceptual, la coherencia del espacio visto desde la interacción (indisociable, solidaria y contradictoria) de sistemas de objetos y sistemas de acciones.

Así como los diferentes espacios son producidos en la relacionalidad social, los sistemas de objetos y de acciones, también surgen de dicha interacción.

Estas relaciones, generalmente son atravesadas por múltiples condiciones, contradicciones y solidaridades (Santos, 1996) que van produciendo, múltiples espacios [concebidos “nuevamente” desde marcos de referencia unidimensionales]. Si nos detenemos en este punto, y concentramos nuestro interés en la constitución unidimensional del espacio, encontramos que en medio de ésta subyace una condición, hasta ahora no abordada, a saber: la «intencionalidad».

La intencionalidad es una visión de mundo, amplia pero una, es siempre, una forma, un modo de ser, de existir. (Lefebvre, citado en Fernandes, 2005)

Siguiendo esta afirmación, podríamos afirmar que la intencionalidad es propia de toda relación social. Ésta se constituye en el elemento ontológico por el cual, se dota de valor y se da sentido a las acciones que ordenan los objetivos de un determinado grupo frente a su espacio, no como una parte del conjunto de acciones y objetos, sino como algo en sí, constitutivo de “nuestro espacio”, por lo cual es aprehendido como “el espacio” singular, como un todo particular, pero que al fin y al cabo, no deja de ser una representación fragmentada pues se refiere a un «uno» y no a un «uno» como parte de un «todo» multidimensional.

Es importante reforzar que el espacio como fragmento o fracción es una representación, construida por una relación social. Esta representación exige una intencionalidad, o sea una forma de comprensión unidimensional del

espacio, reduciendo sus cualidades. De ese modo, representan al espacio político solamente como político, el espacio económico como solamente económico y al espacio cultural como solamente cultural [...] (Fernandes, 2005)

Así mismo, la comprensión unidimensional del espacio, por el hecho mismo de ser la negación de la multidimensionalidad, no debe ser abordada de forma negativa, es decir, como la contraparte de lo complejo o de la complejización espacial, por el contrario, la idea misma de unidimensionalidad nos permite analizar las condiciones y las representaciones materiales e inmateriales de existencia que determinados individuos, clases, grupos, comunidades, sociedades,...elaboran frente a sus realidades espaciales particulares, en otras palabras, es encontrar las propias contradicciones y complejizaciones dentro de la unidad.

Ahora bien, centrándonos nuevamente en la estructura de la unidimensionalidad y tratando de descifrar los elementos que intervienen en dicha comprensión, es preciso señalar tres elementos que atraviesan dicha lectura:

i) El poder. (Mantiene, reproduce e impone una determinada representación del espacio, sobre otras maneras de representación. De esta forma la relacionalidad social se tensiona en medio de hegemonía y resistencia).

ii) La intencionalidad (Demarca y determina las configuraciones espaciales que determinados individuos, grupos, clases, comunidades,... elaboran frente a su entorno físico y social. Es la intersubjetividad dada por la experiencia de pertenecer e interactuar en determinado espacio geográfico y social.)

iii) La receptibilidad. (Acción dada en la recepción y reacciones de las representaciones espaciales que otro u otros imponen y/o comparten frente al entorno social y físico)

De esta triada, la que contiene el mayor peso a la hora de comprender, el porqué se construye lecturas "particulares" del espacio, es la intencionalidad.

Como modo de comprensión, la intencionalidad permite la materialización que determinado grupo, clase, comunidad elabora entorno a lo espacial. Es la delimitación representacional [simbólica e inmaterial] de una determinada visión de mundo. De este modo, la multidimensionalidad del espacio es restringida al ser delimitada por la determinación de la intencionalidad (Fernandes, 2005).

Si consideramos la idea de que el espacio es representado y comprendido en función de la intencionalidad de la relación social, y si entendemos a ésta como la impronta espacial de determinada visión de mundo, entonces, ésta -la intencionalidad- podría ser entendida como el marco referencial por el cual es producido un espacio geográfico y/o social específico, esto es, el territorio.

De esta forma el territorio es concebido como el espacio apropiado por una determinada relación social que lo produce y lo mantiene a partir de una forma de poder (Fernandes, 2005) que en medio de una constante tensión entre dominación y resistencia, le otorga sentido.

En este sentido es necesario mencionar que, los límites que conceptualmente separarían el espacio y el territorio no son clara y fácilmente diferenciables; como ejemplo de ello, Fernandes afirma que:

[...] todo territorio es un espacio (no siempre geográfico, puede ser social, político, cultural, cibernético, etc.). Por otro lado, es evidente que no siempre y no todo espacio es un territorio. (2005)

Esta dinámica confusión, se debe a que los territorios son formados y contenidos en el espacio geográfico, pero a la vez, éstos –los territorios- como vimos anteriormente, pueden llegar hacer espacios geográficos, por lo tanto, las cualidades espaciales de la composicionalidad y la completividad, también son cualidades atribuidas al territorio, es decir, el territorio es en sí mismo multidimensional, es la extensión de la multidimensionalidad en las partes.

[...] Son las relaciones sociales las que transforman el espacio en territorio y viceversa. Siendo el espacio un a priori y el territorio un a posteriori. (Fernandes, 2005) Lo anterior nos lleva a sostener que son las relaciones sociales las que movilizan continuamente la línea que delimita tanto el espacio como el territorio, en este punto, se observa un entre cruzamiento, casi intangible, entre uno y otro concepto. El grado de complejidad se manifiesta bajo la idea misma de la multidimensionalidad.

Así, la heterogeneidad de las relaciones sociales y la consecuente producción y representación de los espacios, se inscriben en un manifiesto y dinámico contexto de contradicciones, solidaridades y conflictualidades. Esto hace que dentro de un mismo espacio se genere una amplia tipología sobre el sentido y el significado del territorio, los cuales pueden ser de naturaleza continúa en áreas extensas y/o discontinuos en puntos y redes, [de igual manera pueden ser] formados por diferentes escalas y dimensiones. (Fernandes, 2005).

La particularidad de estas “tipologías” es la capacidad de abstracción y materialización, esto es, la cualidad que posee el territorio de ser creado, comprendido y reproducido desde lo inmaterial, así, como desde lo concreto [intencionalidades].

Lo anterior reafirma el postulado de la multidimensionalidad, en el sentido de proponer un espacio constituido por múltiples manifestaciones y producciones de la realidad social.

Estas múltiples manifestaciones, producciones, representaciones e intencionalidades configuradas en y por la relacionalidad social, llevan consigo una dinamicidad, que connaturalmente se traduce en movimiento.

Siguiendo el análisis de Fernandes, este movimiento puede entenderse como un proceso geográfico.

Los procesos geográficos pueden ser definidos como las configuraciones iniciales y finales que se encuentran en el medio de las producciones y representaciones del espacio. De igual forma, los procesos geográficos pueden ser considerados como los centros dinamizadores de la perenne locomoción y transformación de las propiedades de los espacios y por ende, de los territorios. Esta locomoción, constantemente redimensiona las cualidades y

propiedades de lo espacial, lo cual se refleja en acciones, contradicciones, relaciones y expresiones materiales e inmateriales.

Podríamos caracterizar dichos movimientos o procesos espaciales como: expansión, flujo, multidimensionamiento, creación y destrucción (Fernandes, 2005)

En su conjunto estos movimientos representan la complejidad y la conflictualidad de la multidimensionalidad. Por esta razón, estos movimientos no son ni pueden realizarse de forma independiente, ya que uno puede ser condición para que se pueda realizar el otro y viceversa. Por ejemplo, expansión y destrucción; creación y reflujo ocurren paralelamente en un proceso de constante yuxtaposición.

Tabla 1. Clasificación de los procesos geográficos, elaboración propia con base en Fernandes, 2005.

CLASIFICACIÓN DE LOS PROCESOS GEOGRÁFICOS	
PROCESO GEOGRÁFICO PRIMARIO	PROCESO GEOGRÁFICO PROCEDENTE
<p>Territorialización</p> <p>Es el resultado de la expansión del territorio, continuo o interrumpido.</p>	<p>Desterritorialización</p> <p>Es la contracción del territorio</p>
<p>Territorialidad</p> <p>Es la manifestación de los movimientos [en medio de la expansión] de las relaciones sociales mantenedoras de los territorios que producen y reproducen acciones propias o apropiadas [1].</p>	<p>Reterritorialización</p> <p>Es el retorno de la expansión del territorio.</p>
<p>Espacialización</p> <p>Es un movimiento concreto de las acciones y su reproducción en el espacio geográfico y en el territorio. La espacialización no es expansión, son flujos y reflujos de la multidimensionalidad de los espacios.</p>	<p>Desterritorialidad</p> <p>Se manifiesta en el instante en que las acciones producidas y reproducidas son impedidas en su realización plena.</p>
<p>Espacialidad</p> <p>Es el movimiento continuo de una acción en la realidad o el multidimensionamiento de una acción. En la espacialidad, la acción no se concretiza como es el caso de la espacialización.</p>	<p>Reterritorialidad</p> <p>Es el retorno de las acciones anteriormente obstruidas.</p>

Lo socioterritorial y lo socioespacial

Hasta ahora hemos presentado los conceptos y reflexiones epistemológicas, desde los cuales Fernandes nos propone estudiar los movimientos sociales en su dinamicidad espacial y/o territorial, es en otras palabras, la lectura geográfica de las relaciones sociales.

La decisión de aplazar hasta este apartado, la definición «en sí» de estas categorías, responde a la necesidad de comprender el intrincado escenario de la multidimensionalidad espacial.

La necesaria comprensión del concepto de espacio y de territorio, en términos de la multidimensionalidad, y caracterizados por una idea –casi sistémica- de relacionalidad y conflictualidad [entre el todo y la parte], condiciona una “cabal” comprensión del movimiento en su conmensurabilidad espacial y territorial. De igual forma, el atributo de la intencionalidad al unísono con los procesos geográficos (movimientos de producción y reproducción), también son componentes del mundo comprensivo y explicativo de dichas categorías. Justamente son los procesos geográficos y la capacidad «intencionalidad» de creación y recreación espacial (de transformar espacios diferenciados en otros espacios y/o en territorios) lo que Fernandes va a ubicar en el centro de su reflexión.

De la misma manera que algunos movimientos producen y construyen espacios, también se espacializan y poseen espacialidades. La producción o la construcción del espacio se dan por la acción política, por la intencionalidad de los sujetos para transformar sus realidades [...] (Fernandes, 2005: 39-40.)

Del mismo modo que algunos movimientos transformaron espacios en territorios, también se territorializan y son desterritorializados y se reterritorializan y cargan consigo sus territorialidades, sus identidades territoriales, construyendo una pluriterritorialidad. [...] (Fernandes, 2005: 39-40.)

Es así, que desde la geografía se observa la necesidad de considerar la acción y el movimiento social desde dos posibles niveles: i) la relación producción-construcción espacial (inspirada por la producción social del espacio de Henry Lefebvre) y, ii) los procesos que intervienen o componen la transformación de espacios (generales y diferenciados) en territorios. Paralelamente estos dos niveles están atravesados por un marcado carácter conflictual, reflejado en la tensión presentada entre las distintas fuerzas –espaciales- inmersas en el territorio.

Bajo estos criterios, las categorías (socioterritorial y socioespacial) buscan superar un análisis del movimiento social abstraído del soporte espacio-territorial.

De esta manera se entiende que todas:

Las formas de organización, las relaciones y las acciones ocurren en el espacio. Ellas se realizan en el espacio geográfico y en todas sus dimensiones: social, política, económica, ambiental, cultural, etc. Por lo tanto, a partir del

momento en que nos proponemos realizar un análisis geográfico de los movimientos, además de la preocupación con las formas, acciones y relaciones, es fundamental comprender los espacios y territorios producidos o construidos por los movimientos (Fernandes, 2005:43).

Este énfasis en la capacidad productora y reproductora “innata” de los movimientos, recrea la idea de dinamicidad y relacionalidad –expuesta anteriormente-; ahora bien, lo interesante es ver cómo a partir de esto, los movimientos materializan espacios en medio de una correlación de tensiones, posibilidades, heterogeneidad, multiplicidad y yuxtaposición de intencionalidades.

En este sentido, todos los movimientos son socioespaciales, incluso los socioterritoriales, pues el territorio es construido a partir del espacio. (Fernandes, 2005:44)

[...] Todos los movimientos producen algún tipo de espacio, pero no todos los movimientos tienen al territorio como objetivo (Fernandes, 2005:45)

A pesar del carácter espacial característico de todo movimiento, debemos señalar que existen condiciones que delimitan la lectura geográfica de un movimiento como socioterritorial o socioespacial. En el primer caso, encontramos que lo socioterritorial se explica a partir de los objetivos mismos del movimiento. Por ejemplo, para el caso de los movimientos campesinos su premisa organizativa y la razón de su existencia está dada por una vinculación directa con el o un territorio. El territorio no es comprendido como un apéndice más de la realización, sino que es la realización en sí misma. Lo socioterritorial es contenido, reivindicado y definido en el territorio.

Los movimientos socioterritoriales para alcanzar sus objetivos construyen espacios políticos, se espacializan y promuevan otro tipo de territorio, de modo que la mayor parte de los movimientos socioterritoriales se forma a partir de los procesos de Territorialización y Desterritorialización. (Fernandes, 2005:45)

A su vez, estos movimientos socioterritoriales pueden ser expresados desde dos planos, a saber:

i) Movimiento Socioterritorial Aislado. “Son aquellos que actúan en una determinada micro región o en un espacio geográfico equivalente. (...) consideramos esos movimientos como aislados no por estar sin contacto con otras instituciones, sino por actuar en un espacio geográfico restringido” (Fernandes, 2005:56).

ii) Movimientos Socioterritorial Territorializado. “Son aquellos que actúan en diversas macro regiones y forman una red de relaciones con estrategias políticas que producen y fomentan su Territorialización”(Fernandes, 2005: 57)

De igual forma, los movimientos socioespaciales, es decir los movimientos que no reivindican un territorio y cuya existencia no es dada a partir de un territorio definido, también pueden ser leídos desde dos planos o escalas (Global y local). Un ejemplo de movimiento socioespacial global es el de Greenpeace. Un ejemplo de movimiento socioespaciales a escala local son las organizaciones

de barrio en la lucha contra la carestía o por la implantación de servicios sociales, como energía eléctrica, asfalto, escuelas, etc. (Fernandes, 2005:59)

Reflexiones finales

El planteamiento anterior, contiene implícitamente la intención de develar el horizonte geográfico que subyace en el entramado de las relaciones sociales y de las respuestas de los sujetos que abogan por una construcción territorial de sus propias condiciones materiales y simbólicas de existencia. Las categorías aquí presentadas, enriquecen esos marcos de entendimiento -histórico-antropológico, sociológico, que generalmente han definido los movimientos sociales.

El propósito de Fernandes es claramente una posibilidad para la superación descriptiva del espacio y el territorio, es la superación de las metáforas espaciales, de la explicación metafórica, etérea del espacio en la relación y la realidad social. En resumidas cuentas lo que se presenta y lo que se posibilita es [el reconocimiento analítico] de la multidimensionalidad posible, de la composicionalidad y de la completividad, en todas sus interacciones que son constituyentes de transformación de la realidad a partir de procesos geográficos. [En palabras de Fernandes] No nos interesa el espacio en sí, sino el movimiento del espacio y su transformación en territorio. No nos interesa solamente el espacio físico en sí, sino el espacio geográfico en su totalidad. Estudiamos el espacio en movimiento y el movimiento en el espacio y en el territorio. (Fernandes, 2005:48). En consecuencia, el debate geográfico y de las ciencias sociales en general, debe asumir el reto teórico-metodológico de la multidimensionalidad como una posibilidad de romper la fragmentación del tiempo-espacio, como categorías sui generis de la realidad social.

Notas.

¹ Según Fernandes, la territorialidad es entendida desde dos niveles, a saber, local y dislocada. A su vez la territorialidad local se subdivide en dos: territorialidad local simple [espacio es utilizado únicamente para su fin propio] y territorialidad local múltiple [espacio utilizado por múltiples usos en diferentes momentos]. Por su parte, la territorialidad dislocada son las “reproducciones de acciones, relaciones o expresiones propias de un territorio, pero que se dan en otros territorios” Ver Fernandes, 2005.

Bibliografía

Agnew John, "representing space", en *Place, cultura, representation*, Duncan y ley eds, 1994, p251-271.

Benjamín Walter. "Sobre el Concepto de la Historia", en *Ensayos escogidos*, México, ediciones Coyoacán, S.A. de C.V. traducción del alemán: H.A. Murena, 1999.

Fernandes Mançano Bernardo, Movimentos socioterritoriais no campo brasileiro: contribuição para leitura geográfica dos movimentos camponeses. In: OLIVEIRA, Márcio Piñon de; COELHO, Maria Célia Nunes; CORRÊA, Aureanice de Mello. O Brasil, a América Latina e o mundo: espacialidades contemporâneas (II). Rio de Janeiro: Lamparina, 2008a, pp. 385-404.

_____ "Movimentos socioterritoriais e movimentos socioespaciais", en *Observatorio Social de América Latina*, Buenos Aires, v. 16, 2005 p. 273-284.

_____ Movimento social como categoría geográfica. Terra Livre, São Paulo, n.15, p.59-85, 2000.

Gandler Stefan, "¿Por qué el ángel de la historia mira hacia atrás? Acerca de las tesis sobre el concepto de historia de Walter Benjamin", en *Utopía y praxis latinoamericana*, enero-marzo, año/vol. 8, número 020, Maracaibo, 2003.

Giddens Anthony, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu, España, 1984.

Gonçalvez Porto Walter, *Geo-grafías Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, México, Siglo XXI, 2001

Habermas Jürgen *El discurso filosófico de la modernidad*. Buenos Aires, Katz, 2008

Harvey, David (1996) *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*, Cambridge, Blackwell Publishers, 1996.

Lefebvre Henri, *La producción del espacio*, Oxford. [1ª ed.1974] 1994

_____ Reflexión y política del espacio. Antipode. 1976

Merrifield Andrew, "Place and space: a lefebvrian reconciliation", en *Transactions of the Institute of British Geographers*, v. 18, No. 4, 1993, pp. 516-531

Oslender Ulrich, *Comunidades negras y espacio en el pacífico colombiano. Hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales*. Colección ICAHN. Bogotá 2008.

Ospina Byron; Sastoque Ángel; Cárdenas Francys; Heredia Douglas y Castro Sandra. *Crímenes de Estado y configuración territorial en la región de Sumapaz y Tequendama*, Proyecto Colombia Nunca Más, Bogotá, 2010.

Sharp William, "En-tanglements of power: geographies of domination/resistance", Londres, 2000.